

*Humillante Manifestación del CT*

## **Celebración Oficial, ¿Para qué?**

- ★ Sin Sentido, ver un Zócalo Defendido por Barricadas
- ★ Es Poco Inteligente Ahogar los Asomos de Protesta
- ★ La Libertad Sindical, Contraparte del Neoliberalismo

LORENZO MEYER

En el Chicago del siglo pasado, la policía era el enemigo natural del obrero industrial. Lo que hoy celebramos el 1o. de mayo es el valor y coraje de los obreros de Chicago y sus familias sacrificados de manera alevosa por esa policía en defensa de los intereses del capital y del statu quo.

Por todo lo anterior, no hay en la actualidad peor manera de recordar la masacre de Chicago, que una demostración sindical vigilada y rodeada por policías y soldados como ocurrió el lunes pasado en la capital de la República. No tiene sentido concentrar la atención política de la sociedad en un zócalo defendido por barricadas policiacas. Lo anterior muestra una profunda carencia de sensibilidad política y de respeto por las difíciles condiciones a las que hoy están sujetos los trabajadores mexicanos. Hay que evitar que el hecho —con todo su evidente contenido simbólico— se repita.

Quizá ha llegado el momento de reconsiderar la conveniencia de insistir en celebrar de manera oficial el Día del Trabajo, no hay las condiciones para ello. Ni al gobierno ni a la sociedad les conviene volver a contemplar el espectáculo que se acaba de ofrecer a

# Celebración Oficial, ¿Para qué?

Sigue de la Primera Pínea

México y al mundo: el de una élite política que tiene que atrincherarse tras una formidable barrera de policías y soldados, caballos y perros doberman —una verdadera cortina de hierro azul-verde— para ver pasar bajo el balcón central de Palacio a un grupo desgana- do previamente seleccionado de asalariados: a aquellos que de antemano se habían comprometido a no reivindicar frente al poder sus intereses de clase.

El espectáculo que se contempló este pasado primero de mayo es lamentable, grotesco y, finalmente, indigno. En efecto, la desangelada manifestación de trabajadores sindicados bajo el control del Congreso del Trabajo resultó —por diversas razones y en diferentes grados— humillante tanto para quienes desfilaron abajo como para quienes lo contemplaron desde arriba y para la sociedad en su conjunto. Resultó humillante para quienes demandaban estar presentes en el acto por su mera condición de asalariados y tuvieron que esperar a que burocráticamente la cortina azul-verde se levantara para poder llegar a un zócalo que es de todos. También pudo ser humillante, o al menos debería haberlo sido, para quienes, uniformados, armados y montados, tuvieron que enfrentarse a la ira de conciudadanos que demandan el derecho a exponer el otro lado de la moneda de la política de la modernización económica neoliberal; la del deterioro brutal del nivel de vida de las clases mayoritarias, supuestas beneficiarias de la acción de un gobierno que insiste en calificarse como heredero de un movimiento revolucionario que hace tiempo es sólo historia y pretexto para un discurso oficial que ya no conven- ce ni a quien lo emite ni mucho menos a quien lo escucha.

Tomar el zócalo de la capital mexicana en las primeras horas del lunes pasado y convertirlo en una fortaleza con la ayuda de 40 mil policías y soldados (a los que hay que sumar perros y caballos); el franquear el paso de las barricadas sólo y exclusivamente a quienes podían mostrar el famoso boleto emitido por la afeja, premoderna y autoritaria cúpula obrera priista —la cortina de papel tras la que se escudaba la cortina de hierro—; el ahogar cualquier asomo de protesta de los sometidos mediante el pueril uso de bandas de guerra y el sistema de sonido oficial; el manejar las cámaras de televisión de tal manera que en las pantallas aparecieran poco los desgana- dos marchistas y más las escenas filmadas de antemano; todo ello es una manera muy poco inteligente de tratar de convencer a propios y extraños que el régimen y el gobierno mantienen el apoyo y la lealtad de las clases subordinadas. Es mejor para todos quitarle el carácter oficial a la ceremonia.

En realidad, el efecto que toda la situación anterior produce entre quienes participan u observan el proceso político mexicano, es exactamente el contrario al deseado por nuestra élite política. Tanto visibilidad del aparato represivo del Estado en el momento en que proletarios y asalariados visitan al centro histórico del país en calidad de víctimas centrales de la modernización económica, lo único que expresa de manera muy elocuente y dramática, es el temor profundo del grupo que hoy está al frente del gobierno frente a las posibles reacciones de las clases subordinadas. Las matracas que con tanta insistencia hicieron sonar a lo largo del desfile los petroleros —los trabajadores del Estado mejor pagados— ha-

blan de una alegría sindical no sólo artificial sino absurda, pues nadie puede olvidarse que no hay ninguna razón objetiva que la justifique; eso lo sabe todo aquel que vive de su salario... Y muchos de los que no viven de él. Esas matracas no sólo no animaron los espíritus de nadie sino que, por absurdas, por indignas, por venir de un sindicato dirigido por una especie de remedo domesticado de La Quina, produjeron irritación. Sonaron a burla. Mejor hubiera sido haberlas dejado calladas.

Cuando la Revolución hizo suyas las banderas de los trabajadores en vez de combatirlos; cuando el nuevo régimen dio forma al artículo 123, impulsó la organización sindical a la vez que la subordinó y encuadró dentro del partido oficial; cuando pese a lo inequitativo de la distribución del ingreso, la política de crecimiento económico permitió una mejoría absoluta del nivel de vida del trabajador organizado. Cuando todo lo anterior ocurrió, la celebración oficial del 10. de mayo tenía sentido.

★

Desde muy temprano en la historia de la alianza —y subordinación— del movimiento obrero con el régimen, el desfile de los sindicatos ante el balcón presidencial (o del gobernador, en el caso de los estados), adquirió un aire de movilización triunfalista burocrática, donde el marchista iba por conveniencia y no por convicción, pero era una conveniencia que coincidía plenamente con los intereses del régimen. Si bien en ese pasado la convicción y conciencia proletarias casi no aparecían en el tradicional desfile en el zócalo, el aparato de fuerza del Estado tampoco; casi estaba ausente y así, lo uno compensaba lo otro.

Cuando con Echeverría se inició la crisis de la economía de la posrevolución me-

xicana, el 10. de mayo empezó también a perder su carácter de movilización de masas burocráticamente controladas. Sin embargo, fue bajo la presidencia de Miguel de la Madrid, cuando la fecha dejó de ser una autocelebración de la capacidad de control de la clase política sobre las masas asalariadas organizadas —que, a su vez, son una minoría dentro de la gran masa que forma la fuerza de trabajo mexicana— para convertirse en un verdadero dolor de cabeza para el Presidente, sus secretarios y toda la cúpula obrera oficial. Hace ya algunos años que la clase política y el público piensa en el día del trabajo no como un eslabón más del largo calendario de celebraciones oficiales de las virtudes del sistema, sino más bien como un momento de peligro; un momento en que inevitablemente se pone en tensión todo el complejo tejido de control con que el régimen ha envuelto al sindicalismo desde el nacimiento de la CROM y su pacto secreto con Obregón, hasta hoy.

Creo que a cualquier observador medianamente despierto y conocedor de lo que fue la tradición corporativa y populista del régimen actual, le resulta claro que para la cúpula sindical así como para el jefe del Poder Ejecutivo Federal y para varios gobernadores, lo mejor del 10. de mayo es el momento en que la supuesta celebración termina y se recibe el ansiado parte de "Sin novedad... o casi". Para los disidentes la situación es similar: el mejor momento tiene lugar cuando los dignatarios se retiran y ellos pueden recuperar el espacio público sin temor a la represión... o casi.

★

Hoy la situación de deterioro de la economía popular está llevando a que las bases sindicales estén

empezando a rebasar en varios puntos a sus líderes; la contradicción entre la masa asalariada y la tecnocracia en el poder es lógica, obvia, evidente e inculcable. Ya no hay, pues, las condiciones objetivas necesarias para seguir con la "fiesta oficial del trabajo" como era la costumbre en un pasado que se antoja más remoto de lo que en realidad es.

Por todo lo expuesto —por razones políticas y por así aconsejarlo el sentido común— lo más prudente es abandonar la costumbre y presentar tal decisión como un paso más en el desmantelamiento del populismo y de tradiciones que no van con la modernidad. Después de todo, en Estados Unidos —origen de una buena parte de la visión del mundo que hoy domina a la alta política— el día del trabajo no es el 10. de mayo ni hay ningún desfile frente al Presidente, y cada quien se va de picnic con la familia. En México, lo ideal sería que el próximo primero de mayo la plana mayor de la clase política mexicana esté tan ausente del Zócalo como esta vez lo estuvo la plana mayor de las organizaciones empresariales. En su ausencia se podría permitir que los sindicalistas desfilen por sí y ante sí donde quieran, digan lo que quieran y apoyen o repudien a los líderes que mejor representen su idea sobre lo que debe ser el movimiento obrero organizado del siglo XXI. La libertad sindical y la libre competencia entre sus organizaciones sería una contraparte adecuada al dogma neoliberal que hoy prevalece, y que proclama la disminución del papel del Estado y la libertad en el mercado como la mejor forma de asignar los recursos escasos. ¿Por qué no aplicar el mismo principio a la política sindical?